

El habanero y los ribereños. Las increíbles hazañas de Francisco de Sentmanat en Tabasco

TERRY RUGELEY*

DICE UN REFRÁN QUE LOS PAÍSES SIN LEYENDAS están condenados a perecer de frío. Seguro que el autor de ese aforismo tenía en mente cualquier otro lugar fuera de la revoltosa provincia de Tabasco, donde las leyendas proliferan como platanales en un verano eterno. Vez tras vez en la historia decimonónica, una u otra persona extraordinaria se ha asomado de la nada para acaudillar a los tabasqueños en sus insurgencias contra las fuerzas dominadoras de fuera. En este breve ensayo exploramos las aventuras del auténtico prototipo del tabasqueño aguerrido, un soldado de fortuna, ni siquiera mexicano sino habanero de origen, que por pura audacia llegó a ser gobernador, comandante militar y presencia legendaria de esa tierra de los ríos. Sus orígenes, su ascensión meteórica, su caída igualmente dramática y su horripilante fin: todos estos aspectos trazan los rasgos peculiares de esta provincia poco conocida. Al mismo tiempo, vislumbran dinámicas enredadas que tanto frustraron la unificación de México en esos días.

ASCENSIÓN

El gran enfrentamiento tabasqueño originó un conflicto que trastornó severamente la república mexicana en sus años formativos. Mientras que los conservadores del país proponían un régimen centralizado, los diversos intereses de las provincias abanderaban la idea de una república federal. Los motivos variaban: el orgullo local, el deseo de poseer los recursos naturales, un reconocimiento legítimo de las limitaciones de comunica-

* Dirigir correspondencia a Departamento de Historia, Universidad de Oklahoma, 455 Lindsey W., Norman, Oklahoma 73019-0535, tel. (405) 325-6002, fax: (405) 325-4503, e-mail: trugeley@ou.edu.

ción y transporte, temor del reclutamiento forzoso, y finalmente, una oposición obstinada a la idea de financiar el nuevo México por medio de las alcabalas sobre los frutos de su propia región. Sean lo que fueran los motivos, la pasión federalista ardía en los corazones provincianos en una forma difícil de entender hoy en día. Con el derrocamiento de Agustín de Iturbide en 1823, esa pasión ganó la batalla, y la Constitución del año siguiente la elevó a carácter de ley.

En ese momento palpitaban con una auténtica alegría los corazones de los propietarios tabasqueños. Los cultivadores de cacao, producto principal de esta provincia de menos de cincuenta mil personas, esperaban poder exportar sus granos, libres de impuestos, para las mesas y los desayunos de todo el mundo. ¡Qué amargo debe haber sido, entonces, cuando las fuerzas centralistas establecieron control del Congreso en 1834, y poco a poco deshicieron el arreglo federalista! Más amargo aún, cuando México empezó a reclutar por la fuerza a los obreros y campesinos hasta de los lugares más remotos para sus campañas contra la problemática provincia de Tejas.

Entre las primeras filas de esos inconformes del país se lucía Tabasco. Pobre, aislado del resto de la nación por un laberinto de ríos y pantanos, de clima húmedo y caliente, la provincia había pasado la totalidad de su existencia a la sombra de fuerzas ajenas. En el gran diseño para la Nueva España, el Consejo de Indias dio prioridad a la minería; en términos del cacao, favoreció la tierra firme de Sudamérica; mientras que en los asuntos del espíritu, Tabasco se quedó bajo el obispado de su vecino más poblado y afluente: la península de Yucatán. No sorprende mucho, entonces, que el sueño del federalismo gobernara tanto el imaginario tabasqueño. Desde hacía años, los ribereños, fueran los hacendados de cacao o los comerciantes y sacerdotes de la ciudad, habían concluído que, una vez autónoma, su tierra descubriría su destino entre los países bendecidos, prósperos y logrados del globo. Pero con la bofetada de la reacción centralista, la iniciativa en Tabasco pasó de los hombres de letras a los de la espada.

Las furias de la patria chica encontraron primero su campeón en la persona de un tal Nicolás Fernando Maldonado, patriarca de un extenso clan de cacaoteros con bases en Huimanguillo y Teapa. Indignado por la presencia de soldados de México, y furioso sobre su control de la aduana,

Maldonado, lógicamente, copió el método de Santiago Imán y Villafaña, el comerciante-hacendado que en ese mismo momento estaba en proceso de liberar a Yucatán gracias a un ejército voluntario de campesinos mayas. Al igual que su méntor, Maldonado eligió un lugar geográficamente remoto para su grito, en este caso la zona pantanosa de Centla, y esperaba que su movimiento atrajera algunos simpatizantes. Pero existía una diferencia que el poco sagaz Maldonado nunca había considerado. Santiago Imán identificó la condición necesaria para una base popular: la abolición de los impuestos religiosos y el fin al reclutamiento militar forzoso. Tales quejas no existían en Tabasco, mientras que sus grupos étnicos (chontales, zoques, nahuas) y los elusivísimos lacandones desestimularon un surgimiento popular. Por eso, Maldonado, lejos de encabezar una ola de insurrección, se encontró sólo en su pantano. Con la victoria negada a él, se marchó para Yucatán en busca de quien le ayudara.¹

En Campeche, Maldonado conoció y pactó con dos de los radicales más notables de la época. Uno de ellos, quien es el segundo personaje central de esta historia, fue un tal Juan Pablo Anaya, veterano distinguido de las guerras de independencia. Nacido en 1785 en una familia criolla respetable en el pueblo de Lagos, Jalisco, Anaya había luchado bajo las órdenes de Miguel Hidalgo cuando la chusma comandada por éste marchaba hacia Guadalajara. El veleidoso Hidalgo lo promovió a mariscal, aunque a diferencia de Hidalgo, Anaya logró escaparse de las derrotas del sanguinario padre. No obstante, la revolución centralista despertó de nuevo sus pasiones políticas. Autotitulándose general en jefe de las fuerzas federalistas de México, huyó a Tejas y Nueva Orleans. Fiel a sus ínfulas, Anaya se veía como el gran arquitecto del federalismo, el visionario bolivariano de un movimiento con vínculos nacionales e internacionales, e inmediatamente percibió a Yucatán como un lugar clave dentro de esos planes. En su mente, él mismo había coordinado las sublevaciones en el norte; había establecido la paz con la República de Tejas; había ganado el apoyo tácito de Estados Unidos, y vía una serie de cartas polémicas, había fomentado los movimientos separatistas en Yuca-

¹ Archivo Histórico de la Defensa Nacional (en adelante AHDN), XI/481.3/1620, 20 de enero de 1840, fs. 16-17; LÓPEZ REYES, 1980, pp. 224-227.

tán y Tabasco. Debajo de estas aseveraciones grandiosas, yacían poco más que los sueños de un conjurador compulsivo. Es probable que Anaya sí se comunicara con todos los partidarios federalistas, y después atribuía cada evento posterior a su propia agencia y diseño.²

Sin embargo, el mercenario extranjero más importante en la contienda fue Francisco de Sentmanat y Zayas, un personaje que salió de las páginas de Homero para pisar directamente sobre el litoral tabasqueño. Curiosamente, hasta ese momento pocos tabasqueños habían oído de él. La primera mención aparece en octubre de 1840, cuando una carta al ministro de Guerra reportó la llegada de un tal Francisco Sentmaná, un habanero que, según todos los que lo conocían, era un asesino público que huía de la ley y que había participado en cualquier revolución en progreso.³

¿Cuál pasado misterioso escondía este extranjero? En realidad, Francisco de Sentmanat era la oveja negra de una conspicua “manada” blanca de españoles cubanos, casi todos miembros de la aristocracia militar de la isla. Pero Francisco resultó perro de otra raza. Nació en 1802 en La Habana, y creció durante los años tumultuosos de las luchas por la independencia. A la edad de 22 años, el joven Francisco se involucró en un movimiento clandestino de un grupo de disidentes cubanos que trataron de conseguir apoyo mexicano para liberar a la isla. Cuando este plan fracasó, regresaron a La Habana y organizaron una serie de células revolucionarias alrededor de Simón de Chávez, radical y carismático ex sacerdote, popularmente conocido como *El Aguila Negra*. Las autoridades pronto descubrieron el complot, y desterraron a Sentmanat a Nueva Orleans.⁴

En realidad, las circunstancias en ese puerto norteamericano se prestaban a las ambiciones del advenedizo caribeño. Recién incorporada al territorio estadounidense, Louisiana, y especialmente su capital y puerto de Nueva Orleans, funcionaban como un emporio comercial y una Meca para los

² Sobre Anaya véanse “Biografía de Juan Pablo de Anaya,” en MESTRE GHIGLIAZZA, t. III, 1984, pp. 113-127, y “Sobre los procedimientos de D. Juan P. Anaya en Texas”, Archivo General de la Nación-México, Justicia, 135, 26, 2 de noviembre de 1839, fs. 269-272, el ministro de Relaciones Exteriores al ministro del Interior.

³ AHDN, XI/481.3/1575, 20 de octubre de 1840, fs. 67-71, José Ignacio Gutiérrez al secretario de Guerra y Marina.

⁴ Respecto a la vida temprana de Sentmanat, véanse BÁEZ, t. IV, 1974, pp. 292-293; ÁGUILA, 1980, p. 15, citando al *Diccionario biográfico cubano*, 1878; SUCHLICKI, 1988, p. 10; “El Capitán General Conde de Santa Clara,” Cuban Genealogy Club of Miami [<http://www.cubangenclub.org>].

individuos con ambiciones desbordadas y limitado respeto por la ley. Por ejemplo, Sentmanat había visto como Louisiana servía como punto de origen para la colonización anglosajona de Tejas, lugar donde James Bowie falsificó títulos de merced españoles, pagando el equivalente a cientos de miles de dólares.⁵ Al mismo tiempo, era una ciudad adonde habían llegado barcos atestados de esclavos de Africa, en forma semejante a su propia Habana, y donde el subastador anunciaba una muerte inminente por trabajo forzado en la malnombrada tierra de libertad. Pero para un criollo blanco de buen nombre, la ciudad ofrecía una recepción notablemente más calurosa. En cinco años, Sentmanat se casaría con la señorita María Rosa de Marigny, hija del hombre más rico de la provincia, Bernardo de Marigny. Don Bernardo, quien, debido a sus pretensiones gálicas, sólo hablaba un francés limitado, y prefería comer con las manos, encabezaba la fútil resistencia contra el tsunami anglo. Para él, la idea de casar a su hija con este extranjero varonil, guapo, audaz, y con la segunda “t” de su apellido deliciosamente muda, representó un sueño hecho realidad. Dentro de unos años, el desterrado habanero encabezaría una familia de tres hijas: cada una parecía destinada a una envidiable vida de tertulias, con sirvientes, verandas en el segundo piso de sus casas, y matrimonios cuidadosamente seleccionados.⁶ Pero eventualmente, el mal ángel de Sentmanat ganaría la batalla para su alma. Tempestuoso, pleitista, y con ese sentido exagerado del honor característico de su clase, el habanero se involucró en una serie de duelos, de los cuales salió, sin excepción, triunfador. Inspirado por la exitosa revolución en Tejas, el cubano activamente buscaba una aventura más apropiada a su verdadero ser, una situación donde la habilidad con las armas fuera pareja con su falta de escrúpulos.

Dios los crea y el Diablo los junta. Estos tres revoltosos, Maldonado, Anaya y Sentmanat, se conocieron literalmente en la sombra de los muros de la fortaleza de Campeche, donde el libertador Santiago Imán esperaba la rendición final de sus contrincantes mexicanos. Para los tres, Maldonado presentó una situación ideal para la revolución; Anaya ofrecía sus contactos con la República de Tejas y su fuerza naval, en ese momento disponible

⁵ DAVIS, 1998, pp. 91-112.

⁶ El registro del matrimonio de Sentmanat se encuentra en NOLAN, T. XIX, 2004, p. 109.

para proyectos contra México; Sentmanat traía su entrenamiento militar, su pasión para las campañas y su liderazgo carismático. Así empezó el plan para que naciera una segunda república en el sureste.

La guerra misma para el dominio de Tabasco duró poco tiempo. Los tres líderes dividieron sus fuerzas: Sentmanat marchó a la Chontalpa, Nicolás Maldonado a Macuspana, mientras que Anaya se quedó en Frontera, esperando la llegada de la fuerza naval tejana. El comodoro Edwin Moore llegó a la costa, y los dos hombres, Moore y Anaya, cada uno monolingüe, negociaron el papel de la fuerza tejana y el premio por su participación. Exactamente qué determinaron permanece como un misterio. Según Moore, Anaya les prometió 20 000 pesos por guardar la costa contra los barcos mexicanos; Anaya, al contrario, insistía que el trato consistió en nada más que una promesa de premiarlos, según el estado del erario en San Juan Bautista (ahora conocida como Villahermosa) y en proporción a su participación en las batallas.⁷

Mientras que estas dudosísimas negociaciones se concluían, la guerra a manos de Sentmanat resultó violenta y breve. Su gran momento llegó el 24 de octubre, en Comalcalco. Dos oficiales centralistas habían hecho una marcha forzosa, bajo una de esas lluvias bíblicas que caracterizan la provincia, con el fin de atrapar a Sentmanat, quien en ese momento estaba enfermo de paludismo y postrado en una hamaca en un edificio al lado de la iglesia. Pero desde el altar, el cura, tabasqueño federalista de hueso colorado, vio a los soldados a una distancia, y mandó aviso al habanero. Dejando un grupo pequeño de hombres en la iglesia como distracción, Sentmanat envió a la mayoría de sus hombres a los edificios cercanos. Al llegar a la iglesia, los centralistas descubrieron con horror que la lluvia había mojado su pólvora; en ese momento, atacaron las fuerzas sentmanatistas. El triunfo del habanero eliminó la presencia mexicana en la Chontalpa. En dos semanas, Sentmanat controlaba los pueblos alrededor de San Juan Bautista. Entró a la capital sin oposición el 20 de noviembre, mientras que el general Ignacio Gutiérrez, comandante de los nacionales, se retiró a Acayucan.⁸

⁷ La versión más completa (aunque de ninguna forma extensa) de estos eventos aparece en un informe anónimo, de fecha del 8 de febrero de 1841, de San Cristóbal, Chiapas, en AHDN, XI/481.3/1691, fs. 761-762.

⁸ LÓPEZ REYES, 1980, pp. 229-231.

CAÍDA

Por un breve momento, Francisco de Sentmanat y Zayas resplandecía en la cumbre de la rueda de la fortuna, que, como sabe todo antihéroe, es al mismo tiempo el mejor y el peor lugar posible para estar. Tenía de todo: poder, adulación, títulos y propiedades. De este personaje no faltan las leyendas: de sus habilidades con la pistola y el sable; de su gusto por la ropa, especialmente los pañuelos finos, como Garibaldi en Italia; de sus amoríos incansables, y de una caballería mítica, al grado de ofrecer su propia residencia como albergue hasta a sus enemigos.

Sentmanat hizo el trabajo sucio de conquista, pero casi inmediatamente el consenso entre la troica de conquistadores empezó a desintegrarse. El primer sinsabor se originó con los tejanos. Su fuerza naval había sido contratada bajo términos mal definidos, y nunca era partícipe activo en la lucha contra México. No obstante, el comandante Moore estaba convencido de que los tabasqueños sí le debían los 20 000 pesos, y se asomó con un buque de guerra en el río al lado de San Juan Bautista. Un breve bombardeo, el primero pero no precisamente el último en la historia de este estado, persuadió al Congreso a proporcionarle los fondos. ¡Humillante para Anaya! Después de la salida de los tejanos, Anaya intentó recuperar su prestigio por medio de una marcha contra Chiapas, en ese momento ciudadela del centralismo. Para su mala fortuna, la provincia estaba en manos de oficiales capaces, y Anaya experimentó una amarga derrota en Comitán, donde perdió armas y abastecimientos valiosos. Desacreditado por estas humillaciones, Anaya abandonó Tabasco para siempre, buscando refugio en Mérida.⁹

Más seria aún era la enemistad que Maldonado le profesaba a Sentmanat. No sólo perdió 2 000 pesos suyos en las extorciones tejanas, sino que en ese momento se vio marginado por un hombre que él mismo había empleado como mercenario y nada más. Tal indignación era demasiada para el orgulloso don Nicolás, quien lanzó su propia sublevación contra Sentmanat en 1841. Sin aliados naturales, Maldonado entró en nego-

⁹ Universidad de Tulane, documentos grupo 33: Chiapas, c. 5, f. 31, 26 de mayo de 1841, Ignacio Barbarena al ministro de Guerra y Marina, "Detalle de la acción dada en Comitán el 15 de mayo de 1841 por las tropas del Supremo Gobierno".

ciaciones con los mismos centralistas que había expulsado hace menos de un año. Para Sentmanat, quien a estas alturas lucía como la encarnación misma del federalismo tabasqueño, el mero acto de dialogar con los mexicanos le parecía una traición imperdonable. El habanero derrotó a su ahora rival en una serie de batallas desiguales, expulsándolo a la región remota de Acayucan, donde éste esperó un cambio de fortuna, y donde los comandantes militares de México lo trataron con la amabilidad de un rancharo que mira a un coyote demasiado cerca del gallinero.¹⁰

Mientras tanto, el paisaje político de México cambió a favor del habanero. Restablecido una vez más en Palacio Nacional, Antonio López de Santa Anna, aprovechándose de un breve periodo de calma, se dio a la tarea de reincorporar, a la fuerza, a la mal portada República de Yucatán. Esperando neutralizar a Tabasco como aliado potencial de la península, extendió el reconocimiento formal a Sentmanat como gobernador y comandante militar.

Pero el habanero entendía que el favor del Palacio era poco más que un arreglo de conveniencia, parte de un plan más complicado para someter otra vez el sureste a la voluntad nacional. Vio hechas realidad sus pesadillas cuando Santa Anna envió una armada desde el puerto de Veracruz en agosto de 1842. Intuyendo el rumbo de los vientos políticos, Sentmanat astutamente evitó un rompimiento directo con Santa Anna; sin embargo, sospechando que la agenda incluía removerlo y establecer un gobierno más maleable sobre Tabasco, no permitió que las tropas mexicanas entraran en territorio tabasqueño. Una virulenta epidemia de tifus le dio el pretexto necesario para mantener una cuarentena contra el ejército nacional, evitando así sacrificar sus pocos recursos en la guerra contra Yucatán. Dada la urgencia del momento y la necesidad de atacar antes a los yucatecos, los líderes de la armada no tenían tiempo para discutir el asunto y continuaron a su destino sin agitar las aguas del Grijalva.¹¹

Una victoria momentánea para el aventurero habanero, quizás, y una que le había permitido ganar tiempo. Pero nada más que eso. Derrotada

¹⁰ AHDN, XI/481.3/2002, 12 de marzo 1842, fs. 24-25; XI/481.3/1633, 8 de noviembre de 1842, fs. 27-30, Nicolás Maldonado a Santa Anna.

¹¹ AHDN, XI/481.3/1631, 4 de octubre de 1841, fs. 66-67; AHDN, XI/481.3/1631, 14 de noviembre de 1841, f. 101; AHDN, XI/481.3/1631, 4 de noviembre de 1841, fs. 102-103.

la armada mexicana en Yucatán por una combinación de circunstancias, ésta empezó su retiro en mayo del año siguiente. Antes de salir, los comandantes recibieron órdenes de ocupar la plaza de San Juan Bautista y restablecer el control sobre esa provincia disidente de una vez y para siempre. La tarea le correspondió a un tal Pedro Ampudia y Grimarest, nacido, irónicamente, en La Habana un año antes que Sentmanat. Sus carreras habían sido un caso de espejos inversos: mientras que Sentmanat se asoció con la rebeldía, fuera ésta de provincias o de personas, Ampudia lo hizo con el *establishment*. Sirvió como oficial en la batalla del Álamo, y mantuvo una fidelidad a la visión borbónica de un México centralizado, culturalmente conservador, y con las fuerzas armadas como los custodios privilegiados de su integridad. En su mente, urgía acabar con la serie interminable de sublevaciones provincianas e intervenciones extranjeras, como era precisamente el caso de Tabasco. Enfurecido por la derrota en Yucatán, salió de Campeche masticando clavos.¹²

Sentmanat seguía estos eventos con atención especial. Fortificó el puerto de Frontera, pero el proyecto necesariamente sufrió de las limitaciones de recursos como mano de obra, dinero y artillería. La falta de tiempo y piedras le permitió nada más que unas trincheras elementales de madera. La pregunta entonces era: ¿cómo movilizar una población ya cansada de la lucha armada y mortalmente intimidada por una invasión de tamaño tan significativo? La respuesta: la propaganda. Así, un día al despertar, los tabasqueños descubrieron unos letreros enormes con las palabras: “Contra los cuarenta mil, trescientos”.¹³ Es altamente dudoso que muchos individuos de esta provincia de analfabetos entendieran la referencia a Herodoto y la batalla de las Termópilas (donde, hay que recordar, los trescientos espartanos perecieron). No es de extrañar, entonces, que los defensores de Frontera y San Juan Bautista, no inclinados a seguir el ejemplo ennoblecedor de los trescientos espartanos, tiraran sus armas y huyeran cuando Ampudia llegó el 5 de julio con una fuerza experta compuesta de dos mil soldados y ocupó el estado.¹⁴

¹² LÓPEZ REYES, 1980, pp. 267; AHDN, XI/481.3/1655, 27 de marzo de 1836; AHDN, XI/481.3/1633, 6 de agosto de 1843, fs. 254-256.

¹³ AHDN, XI/481.3/1633, 20 de junio de 1843, fs. 87-89, Huimanguillo.

¹⁴ AHDN, XI/481.3/1633, 20 de julio de 1843, fs. 189-193.

Sentmanat se salvó al fugarse a su hogar en La Habana. No obstante su expulsión humillante, el ex libertador y ex gobernador no aceptó su derrota. Más bien, el premio de Tabasco se quedó fijo en su mente. Por eso, regresó a Nueva Orleans, donde estableció un cuartel primitivo al lado de los muelles. Se presentó al mundo como un empresario poderoso, con papeles del gobierno mexicano que le autorizaban establecer una colonia en el interior de Tabasco, muy al estilo de Tejas. Que no se necesitarían pasaportes, y que si no estuvieran contentos con sus tierras, los colonizadores podrían regresar a Estados Unidos gratis. Al mismo tiempo, parece que muchos de sus 38 reclutados eran mercenarios tejanos, españoles carlistas y otros remanentes de las innumerables guerras de ese entonces. Cada uno recibió una ración de carne seca, papas, galletas marinas y, cosa curiosa para unos colonizadores, uniformes, rifles, y cartuchos.¹⁵

Tristemente para Sentmanat, había perdido la ventaja de la sorpresa. Los rumores de sus actividades habían llegado a San Juan Bautista, y la provincia estaba en estado de alerta. Al acercarse a la costa el navío de Sentmanat, un bergantín mexicano los descubrió inmediatamente. Los invasores tuvieron que desembarcar en un punto aislado y geográficamente difícil de la costa. Sus intentos de conseguir comida de los pueblos indígenas de la Chontalpa les ganaron pocos aliados, y los mismos campesinos los traicionaron alertando al ejército. Fácilmente lograron derrotar y capturar esta chusma oportunista. Sólo su talentoso líder, Sentmanat, logró escaparse. Pero por última vez. Unos días después, un rancho lo encontró en su milpa, solo, acabado, cabizbajo, royendo un elote crudo. Llamando a sus criados, el rancho lo arrestó, y dentro de pocas horas, Francisco de Sentmanat y Zayas, duelista, mujeriego, hombre de bien del emporio del Mississippi, ex libertador y ex amo de Tabasco, terminó en manos de su enemigo mortal, el detestado Pedro de Ampudia.¹⁶

En sus últimos momentos, Sentmanat tuvo la oportunidad de escribir una carta de despedida a su sufrida mujer: “Rosa de mi vida —escribió—, ten paciencia, consúelate con la religión, y con la idea de que tu marido te ha amado siempre con ternura, y que en este último momento

¹⁵ AHDN, XI/481.3/2052, 17-19 de junio de 1844, varias fs.; 11 de julio de 1844, fs. 102-104.

¹⁶ GIL Y SAÉNZ, 1979, p. LXIV.

sólo piensa en ti. Haz la felicidad de mis adorados hijos, y piensa siempre que pronto, pronto, porque esta vida es corta, y en el otro mundo se premiarán los justos”.¹⁷ Como monumento a la falsedad, esta misiva final tiene pocos rivales, especialmente para un hombre que, al construir su imperio tabasqueño, traicionó a su esposa repetidas veces y después la abandonó a una viudez más allá del mar. En vida poco se preocupaba por la religión, y la naturaleza de su premio en el otro mundo es, por decir lo menos, mera especulación. Pero el castigo no terminó con la ejecución de don Francisco. Inmediatamente después, 38 de sus reclutados fueron pasados por las armas. Fieles a los valores duros de la profesión mercenaria, rechazaron los ministerios de un fraile, pero sin perder la oportunidad de lamentar morir, en palabras de uno de ellos, sin haber disfrutado de una mujer mexicana.

El destino de los restos de Sentmanat ha llegado a ser una de las leyendas centrales del estado de Tabasco. Ansioso de comprobar que sí falleció el habanero, de una vez y para siempre, Ampudia mandó el cadáver a San Juan Bautista, con órdenes de cortar y conservar la cabeza. Así surgió un debate. Unos recomendaron conservarla en una botella de aguardiente, como un espécimen en formol. Pero triunfó otra sugerencia de alguien que había visto eso en Yucatán: las autoridades freían rápidamente las cabezas cortadas de bandidos para atrasar temporalmente el deterioro natural, el llamado *baño*. La tarea de tal baño cayó a un prisionero y criminal común, una forma de casta intocable. Agarrando la cabeza por el pelo, la bajó al caldero, pero el líquido caliente, en lugar de cerrar las arterias, brincó, quemándole la mano al prisionero y provocando que éste dejara caer la cabeza entera al caldero; el resultado, una serie de ampollas grotescas que desfiguraron la cara de Sentmanat al punto de no ser ya reconocible.

Cien años antes, poco habría importado una cabeza mutilada. Pero como tantos han observado, el siglo XVIII fue una época en que la santidad del individuo asumió más importancia, y los conceptos sobre la aceptabilidad de la tortura, la mutilación y el tabú contra la profanación del cuerpo habían empezado a adquirir cierta fuerza. Ciego a tales corrientes, Ampudia, lejos de arrepentirse del baño, solicitó un estante de hierro

¹⁷ AHDN, XI/481.3/2051, sin fecha, f. 183.

para exhibir las 39 cabezas, en forma similar al *tzompantli* azteca. Sin embargo, una comisión de ciudadanos lo disuadieron del macabro proyecto, y bajo presión de ellos, mandó que todos sus trofeos fueran enterrados. Demasiado tarde: los enemigos de Ampudia filtraron noticias del evento a la prensa, y el general pasó el resto de su carrera defendiéndose de acusaciones de barbarie.¹⁸

SECUELAS

La historia tan inusual de Francisco de Sentmanat generó repercusiones innumerables, y no menos para los partícipes. El general Pedro de Ampudia y Grimarest gobernó Tabasco por menos de un año, regresando a la Ciudad de México a principios de 1845. Poco después, empezó a ayudar la malograda defensa contra la invasión estadounidense. Con la excepción del sitio del Álamo y su victoria sobre Sentmanat, la carrera de Ampudia resultó más bien un rosario de derrotas, y casi siempre por circunstancias fuera de su propio control. Murió de cáncer del riñón en la capital del país en 1868.

Juan Pablo Anaya vivió brevemente en Mérida, donde el arqueólogo John Lloyd Stephens lo conoció en 1841, después de una operación para corregir los ojos bizcos del general. De allá, Anaya buscó albergue en esa Casablanca de mexicanos desterrados, La Habana. Restaurado con la caída de Santa Anna en 1844, Anaya falleció de cólera seis años después, en su pueblo natal de Lagos. Los periódicos lo festejaron como el último sobreviviente de las campañas de Miguel Hidalgo, pero mantuvieron un discreto silencio sobre sus aventuras entre los ribereños.¹⁹

Derrotado, el clan Maldonado regresó casi por instinto a sus feudos cacaoteros. Don Nicolás y sus hermanos salieron otra vez en 1847, cuando su lealtad a la patria chica los impulsó a pelear en la resistencia guerrillera contra las fuerzas estadounidenses que brevemente ocuparon la provincia. Un año después, un precoz movimiento liberal en el estado de Chiapas

¹⁸ AHDN, XI/418.3/2053, 23 de junio de 1844, fs. 131-132, y 13 de julio de 1844, fs. 81-82; LÓPEZ REYES, 1980, p. 274.

¹⁹ Véase “Biografía de Juan Pablo de Anaya”, en MESTRE GHIGLIAZZA, t. III, 1984, p. 127.

elevó a Nicolás Fernando Maldonado a la oficina de gobernador. Cambió la capital a Pichucalco, para que en caso de una próxima revolución pudiera escapar rápidamente a Tabasco. El patriarca don Nicolás hizo su contribución más permanente a la historia cuando cambió el nombre de la capital chiapaneca a San Cristóbal de las Casas, en un intento grotesco por identificarse con el famoso luchador por los derechos indígenas. Al mismo tiempo, cambió el nombre de su hermana ciudad a Tuxtla Gutiérrez, en honor de un mártir federalista. La gloria de Maldonado terminó, de una vez y para siempre, cinco años después, cuando el general Manuel María Escobar impuso mano dura sobre la región.²⁰

Tampoco descansaron en paz los restos de Sentmanat. Poco después de la ejecución, su viuda, con la intercesión del consulado cubano en Nueva Orleans, logró devolver el cadáver de su esposo a su ciudad adoptiva. Ella misma falleció cinco años más tarde, es decir, en 1849. Fue enterrada al lado de don Francisco en el famoso Cementerio San Luis Número Uno. En ese lugar desolado, los Sentmanat todavía conversan con los fantasmas de Bernard de Marigny, de la legendaria reina del vudú, Marie Laveau de Glimpion, y de otros personajes del novelesco pasado de ese puerto del sur.²¹

Los cuatro años que Sentmanat estuvo en Tabasco no pasaron desapercibidos en la historia de esta tierra revoltosa. Sus campañas entrenaron una generación entera de guerrilleros y libertadores. Aunque bajo presión de deslindarse de su legado, los mismos individuos que marcharon parejos con el cubano también enfrentaron la invasión estadounidense. Cuando Ampudia abordó su goleta para Veracruz, nadie habría pronosticado que Tabasco iba a tener la distinción de ganar una batalla contra los invasores del norte, y lo haría totalmente a satisfacción de Sentmanat mismo, es decir, desafiando los peligros y las probabilidades. De forma semejante, ciertos militantes claves del partido Liberal empezaron sus carreras públicas durante las hazañas de este hijo de Cuba.

Decididamente, el legado de Francisco de Sentmanat ha sido la huella que dejó sobre la memoria. Los atributos casi míticos del habanero garan-

²⁰ ZEBADÚA, 2001, pp. 103-104; “Joaquín Miguel Gutiérrez”, en ÁLVAREZ, 1987, t. VII, p. 3783; MESTRE GHIGLIAZZA, t. III, 1984, pp. 5-10.

²¹ SAXON, DRYER y TALLANT, 1987, pp. 323-328; MORROW LONG, 2006, pp. 177-181.

tizaron su inmortalidad. Su machismo, su audacia, su caballerosidad, su éxito contra la fuerza antagónica de la Ciudad de México, y su predisposición de sacrificar absolutamente todo para lograr su visión: tales cualidades le aseguraron un lugar en el pasado tabasqueño, en cumplimiento de los deseos y las fantasías colectivas de los ribereños. En forma semejante, su grotesco fin, casi sacado de las páginas de las *Mil y una noches*, le pondría el sello de persona fuera de serie, y su vida de sultán alimentaría el estereotipo de Tabasco como el más occidental de los estados árabes. Al mismo tiempo, su naturaleza casi ilegítima ha oscurecido esa dimensión tan íntimamente tabasqueña: la postura siempre desafiante hacia los de fuera. Sentmanat logró lo que tantos habían deseado, pero lo hizo bajo circunstancias que una narrativa cada año más nacionalista definía como inaceptables: la realización del sueño, utópico pero persistente, de una república federal que resultaría más que la suma de sus partes, y a la vez, que incluía por necesidad las potencialmente horribles consecuencias de ese sueño.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁGUILA, Bernardo del
 1980 *Tabasco en la geografía y en la historia*, Consejo Editorial del Estado de Tabasco, México.
- ÁLVAREZ, José Rogelio (dir.)
 1987 *Enciclopedia de México*, t. VII, Secretaría de Educación Pública, México.
- BÁEZ, Vicente
 1974 *La enciclopedia de Cuba*, t. IV, Historia, Enciclopedia y Clásicos Cubanos.
- DAVIS, William O.
 1998 *Three Roads to the Alamo: The Lives and Fortunes of David Crockett, James Bowie, and William Barret Travis*, Harper Collins Publishers, Nueva York.
- GIL Y SÁENZ, Manuel
 1979 *Compendio histórico, geográfico y estadístico del estado de Tabasco*, Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, México [ed. facsimilar de 1872].
- LÓPEZ REYES, Diógenes
 1980 *Historia de Tabasco*, Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, Villahermosa.

MESTRE GHIGLIAZZA, Manuel

1984 *Documentos y datos para la historia de Tabasco*, t. III, Universidad Autónoma Juárez Autónoma de Tabasco, México.

MORROW LONG, Carolyn

2006 *A New Orleans Voodoo Priestess: The Legend and Reality of Marie Laveau*, University of Florida Press, Gainesville, Florida.

NOLAN, Charles E.

2004 *Sacramental Records of the Roman Catholic Church of the Archdiocese of New Orleans*, t. XIX, trad. de J. Edgar Burnes, Archdiocese of New Orleans, New Orleans, ubicado en el New Orleans Historical Collection.

SAXON, Lyle, Eduard DRYER y Robert TALLANT

1987 *Gumbo Ya-Ya: Folk Tales of Louisiana*, Pelican Publishing Company, Gretna, Luisiana.

SUHLICKI, James

1988 *Historical Dictionary of Cuba*, Scarecrow Press, Metuchen, Nueva Jersey.

ZEBADÚA, Emilio

2001 *Breve historia de Chiapas*, Fondo de Cultura Económica, México.

PÁGINAS WEB

<http://www.cubangenclub.org>.